

Un honesto impostor: los inicios de Solano

Salario mínimo. Vivir con nada

ANDRÉS FELIPE SOLANO
Tusquets, Bogotá, 142 pp., il.

EN LA primera página de esta crónica, publicada originalmente por la revista *SoHo* en 2007 y que Tusquets Editores presentó en 2015, acompañada de un apéndice fotográfico y un epílogo, Andrés Felipe Solano afirma que el gesto disruptivo de irse a vivir a una ciudad ajena por seis meses y sobrevivir con los 484.500 pesos mensuales del salario mínimo fijado para Colombia en ese año equivale al viaje que hombres de otros siglos y otras latitudes emprendieron para librar una guerra y acaso encontrar la muerte. La guerra diaria de Solano en la fábrica Tutto Colore, al menos por los seis meses que duró este trabajo periodístico que le cambió la vida, consistió en lo siguiente:

Cada día almaceno bolsas con prendas de vestir en unos estantes metálicos que parecen el costillar de un transbordador espacial. A la vez llevo un inventario de camisetitas, sudaderas, vestidos para niña y mamelucos sobre una mesa tan larga como la del comedor de un colegio y recibo con humildad benedictina las reprimendas de mi jefe, un hombre neurótico que nos prohíbe oír música a mí y a mis compañeros de faena.

Afirma el cronista que la elección de Medellín no obedeció a ninguna planeación previa sino, más bien, al clima amable de esta ciudad. Estamos entonces ante una feliz paradoja, uno de esos accidentes en los que de vez en cuando surge la literatura. La capital de Antioquia es quizá el personaje más importante del texto. Sus calles, sus modos, su deshonroso pasado: el Medellín de 2007, que entonces atravesaba un período de calma, queda retratado bajo la pluma todopoderosa de uno de los autores jóvenes más prometedores del país. Todo en la prosa auténtica de Solano es un indicio de un talento que en 2018 ha cumplido sus promesas. Sus comparaciones son siempre bellas y trabajadas, elige muy bien los detalles a narrar, y su texto tiene el equilibrio entre pensamiento y

observación que es la marca de todos los grandes cronistas. Otro asunto son los finales: los estudiantes de periodismo harían bien en leer una y otra vez los párrafos finales tanto de la crónica como del epílogo. Escribir tiene que aspirar a lo que se lee allí.

Al inicio de su inmersión, atendiendo a sus orígenes y a su privilegiada posición bogotana, Solano elige tomar un par de atajos. En primer lugar, llega a Medellín con los productos de aseo que necesitará por los siguientes seis meses, y rehúye la pensión para hombres solos que en un principio era el objeto de su búsqueda. Gracias a una conexión de sus días de editor de crónicas, termina en el barrio Santa Inés en casa de doña Pilar Villa, quien por 250.000 pesos mensuales, además del hospedaje, le da a Andrés Felipe las tres comidas diarias, y le lava y le plancha la ropa. Una ganga, en palabras del propio cronista. Se me ocurre que el texto habría tenido más posibilidades si Solano —quien además terminó confesándole a su familia de acogida de dónde procedía y a qué iba a su ciudad— hubiera cumplido a rajatabla las reglas que él mismo se había impuesto. No creo que esto necesariamente se trate de un defecto, sí de la configuración del honesto impostor que firma el libro.

A este impostor le toma 33 páginas llegar al meollo de Medellín, mientras describe a sus compañeros de trabajo: “Trabajan siete días a la semana, cincuenta y dos semanas al año. Crecieron en unos barrios donde sus amigos cambiaban de moto cada dos meses por hacerle ‘mandados’ a un señor. Aunque es cierto que sus amigos están muertos”. Las alusiones al pasado de una ciudad que supo ser la más violenta del mundo están lo suficientemente bien dispuestas como para que el libro se siga tratando de un tipo que debe sobrevivir con el salario mínimo, y no del narcotráfico y sus secuelas, un tema que, se me antoja, habría sido la piedra angular de cualquier otro cronista de *SoHo*. No obstante, un nombre que se menciona páginas más adelante —Roque Mesa— cobrará una importancia capital en el epílogo, y justifica, en parte, la acertada aparición de esta crónica como libro.

La crónica y el epílogo están separados por 24 polaroids con sus corres-

pondientes notas. A bote pronto, se puede pensar que las fotografías están yuxtapuestas, y que su único propósito es sumar más páginas en un libro que de otro modo sería minúsculo. Pero las imágenes son la pausa necesaria entre dos textos que articulan de una manera muy clara lo que representa ser un escritor de textos de no ficción. Es decir: no puedes mentir, porque puedes meter en problemas a una persona que figura con nombre, apellido y cédula de ciudadanía; y no puedes inventarte nada, porque todo es comprobable, porque las personas que leerán el texto también han estado allí y tendrán sus versiones y podrían acusarte de novelesco. No olvidemos estas palabras, que Solano no ha olvidado: un marco dorado.

Una pequeña digresión: siempre me inquietó, en el quehacer del cronista, la construcción del texto por medio de detalles que pueden agregar color y servir a un propósito narrativo, pero que no están enmarcados en lo que se conoce como verdad fáctica. Hay una crónica muy famosa de George Orwell, “A Hanging”, que trata del ahorcamiento de un hombre. Camino a la horca y escoltado por varios guardias, el hombre que va a morir le hace un pequeño rodeo a un charco, para no mojarse. Y luego está el perro que menciona el autor británico, que sale de algún lado y le lame la cara al condenado a muerte y no deja de chillar. ¿Hay alguna manera de comprobar que esos hechos son ciertos? ¿Pasa algo si no lo son?

Pese a que no se trata de lo mismo, lo que sucedió con Roque Mesa y con el marco dorado (que no lo era, desde luego, y por lo tanto una de las conclusiones que sacó Andrés Felipe sobre la hija de Pilar Villa perdió validez) en su texto quizá haya hecho entender a Solano algo que otros buenos escritores de no ficción han considerado —el ya mencionado Orwell, Joseph Mitchell con sus dos perfiles del mendaz Joe Gould, tantísimos otros—: hay que ir con cuidado, porque la Fiscalía puede terminar haciéndote una llamada.

En cualquier caso, Andrés Felipe Solano salió victorioso de su guerra: luego de cumplir con este encargo, nunca más tuvo que encerrarse en una sala de redacción bogotana, como era su temor. Estaba buscando algo,

y lo encontró: tras vivir seis meses en el barrio Santa Inés de Medellín, salió a vivir su vida por el mundo, escribió un libro magnífico sobre su experiencia en Corea (llevando a otro nivel la escritura por bloques, cuyos rudimentos presenta en esta crónica), y ha seguido publicando narrativa de un nivel altísimo. Los reconocimientos no dejarán de llegar. Y todo gracias al salario mínimo.

Juan F. Hincapié